



# Un parto en reversa

## o por qué *Tenemos* *que hablar de Kevin*

Verónica Bujeiro

LAS PRIMERAS IMÁGENES DEL FILME SON las coordenadas para un lugar confuso: una vorágine carnosa de cuerpos y fluidos rojo sangre, una especie de alumbramiento colectivo que turba los sentidos y lentamente se revela como una celebración pagana e inocua de la cual emerge un cuerpo en estado de profundo éxtasis. Un cuerpo que rápidamente revoca su anonimidad y se asigna un nombre propio: Eva. Una Eva que, como la mítica culpable, autora original del caos y su facsímil, se encontrará en el centro de la creación y la destrucción en el curso de esta historia.

Su diégesis nos conducirá por la concepción de su primer hijo y la inminente llegada de este nuevo ser mostrará usos y costumbres compartidas por una especie a la que esta Eva parece no pertenecer. Su extrañamiento ante la maternidad irá más allá de una simple depresión postparto, su alienación ante el arribo de Kevin ofrecerá pistas incómodas, como el alivio que experimenta cuando el atronador ruido de un taladro de construcción opaca el llanto de su crío, y nos deja en claro que esta no será la típica historia de una madre a la que nos ha acostumbrado nuestra cultura sentimental.





Lynne Ramsay, directora inglesa de no extensa trayectoria, pero genial ya desde su debut, *Ratcatcher* (1999), nos coloca con *We need to talk about Kevin* (2011) en la perturbadora posición de un testigo que mira la progresión del vínculo retorcido que persistirá entre Eva y Kevin, dos seres obligados a coexistir por las reglas de la sociedad, y peor aún, del instinto. Ramsay nos convoca a un trepidante recorrido no lineal que empata la derrama de sangre del parto de Kevin con las consecuencias de la masacre que él mismo perpetra hacia sus compañeros de secundaria años más tarde. Revisión infernal y exhaustiva que Eva sostendrá inútilmente para intentar descubrir qué fue lo que ella, en su indisoluble papel de madre, hizo mal. Forma estética de la experimentación de un auténtico parto en reversa.

La tensión que crece ante la falta de instinto maternal de Eva y el nivel de cero empatía que profiere Kevin hacia ella, emparentan esta maternidad con la Rosemary de Polanski (1968), la Chris Macneill de *El Exorcista* (1973) o con aquellos que lidiaron con el niño de *La Profecía* (1976), pero a diferencia de los anteriores no existirá agua bendita o crucifijo que rescate a Eva de esta pesadilla. Kevin seguirá siendo la carne de su carne, un mal sueño que provino de su interior y que crece fuera de ella como un maligno tumor. A la

creciente insatisfacción ante su rol natural se añadirá la sospecha, traducida en paranoia por el padre Franklin, compañero fiel pero indolente de Eva, sobre la maldad innata y el peligro potencial que presenta Kevin.

El *Tenemos que hablar de Kevin* del título es justamente un guiño hacia esa conversación fracasada que Eva busca dentro y fuera de sí misma sin encontrar posible interlocutor. Para esta Eva la maternidad será el lugar más solo e inhóspito de toda la creación. Ella será la única testigo que sobreviva a la tragedia, y tras la masacre tendrá que afrontar la sentencia que la sociedad le impone, una más implacable que la que conlleva el criminal Kevin, pues no habrá un término definido. Su maternidad será una condena a cadena perpetua a la que dócilmente tendrá que ajustarse.

Ya desde el gesto de insatisfacción y duda de la embarazada Eva, trazado sobre el lienzo de la brutalidad genial de Tilda Swinton, se atisba la polémica evidente y silenciosa que atravesará esta historia. *Tenemos que hablar de Kevin* urdirá un resquebrajamiento inquietante y ambiguo hacia el mito que la sociedad de todos los tiempos ha sostenido en cuanto a la maternidad. Constructo, podría decirse biopolítico, que la mujer carga a cuestas ya desde la urgencia del cuerpo que recuerda cada mes una apremiante ausencia. Sobre el trabajo asignado de crear y conservar vidas nuevas no sólo su cuerpo estará implicado, sino todo un conjunto de obligaciones y leyes no decretadas bajo ninguna grafía, pero que serán brutalmente castigadas si son desmentidas.

El gran atractivo de una película como *Tenemos que hablar de Kevin*, meritoria adaptación de Ramsay a la novela epistolar de Lionel Shriver, es que en el cruce de estos planos yace justamente la Eva de esta historia. Ramsay perturba a su testigo y lo confronta con tabúes insospechados, como el vínculo natural de una madre por su hijo, trastocándolo con una situación trágica que lo desmarca a la vez que lo pone en entredicho. Los mirones pueden a la vez leer la maldad de Kevin como congénita, pero también como un daño colateral provocado por la falta de afecto de su madre. Ramsay, siguiendo los pasos de Shriver, intentará asestar un golpe al mito materno al presentar a una madre Eva que se resiste a la ensueño del instinto y no ama a su hijo, para más tarde, con los cristales tirados por el piso, comprobar que al parecer no hay salida a semejante dicto. Eva volverá a ser la mítica culpable, pues es en ella que se ha delegado por los siglos de los siglos el trabajo de la educación de los hijos. Los demás actores, el padre principalmente, brillarán por su ausencia en la repartición de la culpa. Aparentemente, la falta de un rol determinado por la naturaleza y el instinto los eximirá de cualquier tipo de condena.

El escalofrío que recorre el cuerpo con el clamoroso “por qué” de la madre que interroga a su hijo apunta a que nunca es tarde para que esa conversación largamente aplazada tenga su lugar.

Se buscan interlocutores. 



*Tenemos que hablar de Kevin*  
 Dirección de Lynne Ramsay  
 Reino Unido/Estados Unidos  
 2011, 112 minutos